

CRONICAS

DON FERNANDO VALLS Y TABERNER

El día 1º de octubre ha fallecido en Barcelona el Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad, don Fernando Valls y Taberner.

La relevante personalidad del señor Valls y Taberner en el mundo cultural merece que le dediquemos unas líneas que sean no sólo el homenaje que merecen su vida y su obra, sino también el recuerdo debido a su amistad.

Nació en 1888 en Barcelona, la misma ciudad que le ha visto morir en 1942, y a la que durante sus cincuenta y cuatro años de existencia amó entrañablemente. Por vivir en su ciudad natal y ser catedrático de su Universidad luchó noblemente, con la tenacidad que le era característica, hasta los últimos meses de su vida. Archivero, catedrático en la Universidad de Murcia, Director del Archivo de la Corona de Aragón, Abogado, Doctor en Derecho, Presidente de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de la Hispanidad, Consejero de Educación Nacional, etc., etc., nada satisfizo su inquieto afán de servir la cultura de su patria como el desempeñar una cátedra en su Universidad. Una serie de azares y de complicaciones burocráticas se lo impidieron durante varios años, y ahora, liberada Cataluña, la Nueva España, nombró a Valls su maestro en Cataluña, rindiéndole la justicia que su obra y su amor a España merecían. Pocos meses antes de morir, escuchábamos de sus propios labios todo el entusiasmo y alegría que su nuevo cargo le había traído. Podía dedicarse plenamente a sus trabajos de investigación y de cátedra que habían constituido el ideal de su vida, y precisamente ahora, al llegar a la tierra

prometida, desaparece entre nosotros, sin casi decirnos adiós, este hombre tan caballero y tan amable que fué don Fernando Valls. ¡Un ejemplo más de lo inestable y mudable de las cosas humanas, por las que luchamos, creyendo que nuestras fuerzas pueden nunca alcanzar algo que no esté sometido a nuestra propia pequeñez e inferioridad!

Yo tuve el honor de conocer a Valls en el año 1918—hace ya veinticuatro años—, cuando vino por vez primera a Madrid a hacer oposiciones a cátedras universitarias. Era ya archivero, investigador y una personalidad que a todos nos imponía un gran respeto. Seguimos las vicisitudes de su lucha académica un grupo de amigos, y entre ellos dos que también la muerte nos ha arrebatado en la pasada contienda y que le profesaban una gran admiración; Román Riaza y Luis Antón. Colaboró con nosotros en una revista titulada «*Filosofía y Letras*», esencialmente universitaria y profundamente española, que por aquellos años recogía el sentir de un grupo de Profesores y estudiantes preocupados por los problemas culturales. Valls nos ayudó con su experiencia y su consejo y, además, en aquellas horas que, inquietas, planteaban turbiamente el problema de Cataluña, Valls supo ser siempre el devoto de su Cataluña, pero, al mismo tiempo, el devoto de España.

Ahora que la muerte del amigo y del compañero nos permite hablar con toda serenidad y justicia, nos complace evocar este recuerdo de la colaboración de Valls con aquel grupo de Profesores y estudiantes españoles de 1918, y que después con el caminar de los años, constituirán lo que pudiéramos llamar la generación de 1922. Esta es la fecha, un poco arbitraria, como casi todas las fechas, en que este grupo comienza a ingresar en la enseñanza. Alrededor de estos años, y de este núcleo, todo un grupo de contemporáneos que pueden considerarse incorporados en todos los aspectos a esta fecha de 1922.

¿Nombres? ¿Obras? Todavía es muy pronto para hacer la historia de este grupo de españoles. Y no es, además, este el momento oportuno. Únicamente de señalarlo y fijar cómo apareció Valls y Taberner incorporado a él, siendo precisamente, en unión de

otro historiador, también desgraciadamente desaparecido, el Profesor D. Julián M. Rubio y Esteban, los dos primeros que lograron, en 1922, por oposición, Cátedras universitarias. Este mismo año—contemporáneos, aunque de distintas disciplinas—fueron Catedráticos: don Wenceslao González Oliveros, don Francisco Javier Sánchez Cantón, don Ciriaco Pérez Bustamante, don Claudio Galindo, don Carlos Jiménez Díaz, don Juan Contreras y López de Ayala, Marqués de Lozoya, don Pascual Galindo.

La obra de Valls y Taberner, no puede ni debe ser analizada en estas páginas. Sólo queremos, en estas líneas dedicadas a los lectores de la REVISTA DE EDUCACION, informar de la pérdida de un valor de la cultura española. Las revistas de las que fué colaborador y dedicadas a la especialidad de sus trabajos, le dedicarán la atención y el estudio detallado que su actividad incansable merece. Sólo indicar que sus trabajos alcanzaban desde las investigaciones de las instituciones jurídicas a la historia política; desde el campo de la investigación documental donde durante tantos años trabajó, especialmente en el Archivo de la Corona de Aragón, donde fué archivero y Director durante varios años, hasta la exposición divulgadora del conferenciante.

Durante la guerra de liberación, en compañía del señor Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, hizo un viaje de propaganda y defensa de la causa nacional por tierras de América.

La lista de sus trabajos, artículos de investigación, libros, conferencias en Universidades y Centros de Cultura sería extensísima. Gran parte de los problemas de historia del derecho y de instituciones de Cataluña, no es posible estudiarlos sin acudir a los trabajos de Valls y Taberner.

Sus últimas actividades en este mismo año, aparte de sus tareas docentes en la Universidad de Barcelona, fueron varias conferencias en diversas Universidades alemanas, una conferencia en Madrid, en el Centro de Intercambio Germano-Español, y otra en los cursos de verano en la Universidad de Jaca.

Aparte del investigador y del Catedrático, Valls y Taberner unía a su persona el «imponderable» de la cordialidad y de la

simpatía. ¡Era un gran caballero de España! Su espíritu de ferviente católico, su devoción por todos los nobles valores de España, su corrección exquisita, su buen corazón, le atraían la amistad y el cariño de cuantos le trataban. Tenía la virtud de la ecuanimidad y no conocía el resentimiento.

Al rogar a Dios por él y desearle el eterno descanso que merece, nos queda el gran consuelo del recuerdo de su vida y de su obra. Y de su memoria podría escribirse lo mismo que decía a Carlos V uno de sus mejores amigos al darle cuenta del fallecimiento de un personaje de la Corte: *«Que su muerte ha causado sentimiento en todo el reino, por ser la persona que era»*.

CAYETANO ALCAZAR

EL SALON DE OTOÑO

Entre senderos cubiertos de amarillentas hojas, siempre obligatoriamente cantadas en el eterno tópicico del Otoño, se llega a la Expo-

sición del llamado Salón de Otoño. La vida, convertida en rumores, nos acompaña los pasos. Nos parece oír la labor de la tierra en su afán de almacenaje para trabajar durante el Invierno y volver a nacer en la verde Primavera. Las últimas pulsaciones se nos ofrecen en forma de tímidos rayos de sol, que pugnan por permanecer; en olor de agua de lluvia—uno de los aromas más bellos—; y en esas hojas, siempre distintas, que van y vienen enseñando así una cátedra superior. Pero la caricia del aire y la leve calentura del Sol se nos olvidarán pronto: al entrar en las salas del Salón de Otoño.

Al espectáculo magnífico de la muerte—vital, valga la enorme paradoja—le sustituye una muerte a secas, escueta y rígida que parece satisfecha de no admitir la posibilidad de resurrección.

No corresponde la verdad exterior con la mentira que encierran muchos de los cuadros expuestos. Semejan ventanas cerradas

Nos da la impresión, la visita, de que muchos artistas han olvidado que existe el aire, el sol, el campo, el maestro árbol y el agua.